B. MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la Catedral de Zamora

EL SERVICIO DE DIOS

Exige diligencia y combatir la pereza

Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás (Deuteronomio 6,13; Mt. 4,10).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN 84-7770-480-5
Depósito Legal Za 49, 2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Tel 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

PRESENTACIÓN

Amigos lectores:

Voy a hablaros del servicio de Dios, al que todos estamos obligados, y empezaré por presentar el ejemplo admirable de una joven religiosa que supo mantenerse en el servicio de Dios, a la que debiéramos imitar todos y cuantos se precian de católicos prácticos.

Hace unos años una revista de Viena hablaba de una joven americana convertida del protestantismo al catolicismo. A raíz de su conversión entró en un convento dominicano. Poco después murió su padre dejándole doce millones y medio de dólares en herencia con la única condición de que había de abandonar el claustro.

¿Sabéis qué contestó la muchacha heredera de tan enorme fortuna? Dijo: Mi Padre del cielo es infinitamente más rico que mi Padre de la tierra, y el día de mañana me puede compensar de todo esto magníficamente. Por ese dinero, aunque parezca mucho, ella no dejó de vivir entregada al servicios de Dios. Y perdió la herencia, mas ¡supo dejarlo todo por el que era todo!

Si hoy a muchas personas religiosas o seglares cristianos se les ofreciera una cantidad parecida a la que le dejó en herencia a dicha religiosa su padre con la condición de renunciar al servicio de Dios, ¿Cuántos renunciarían al dinero ofrecido?

Esto no todos lo comprenden, pues los más ponen su felicidad en gozar de las riquezas, honores y placeres, bienes éstos que son efímeros y fugaces, que hay que dejar aquí a la hora de la muerte.

La joven que renunció a los doce millones de dólares, por entregarse de lleno al servicio de Dios, se dio cuenta de que Dios lo era todo, que Él es el sumo Bien y fuente de todos los bienes, y renunciar a lo ofrecido era abandonar lo pasajero y vano por lo que tiene duración eterna.

¿Quién es Dios para que le sirvamos? Esto es lo que empezaré exponiendo y así reconocer la grandeza de entregarnos a su servicio.

¡Ojalá que todos los que leen este libro sepan valorar la entrega al servicio de Dios y reconocer el poco valor que tienen las cosas de la tierra y el mucho que tienen las eternas y duraderas del cielo!

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 6 enero 1998

EL SERVICIO DE DIOS

Servirás al Señor tu Dios

Al principio de la creación cuando Dios creó los cielos y la tierra, creó también los ángeles, seres llenos de poder y dotados de sublimes dones de gracia, de gran inteligencia y libre voluntad, y lo propio de ellos, por ser hechura de Dios, a Él debían obedecerle, servirle y amarle; pero, algunos de ellos, enorgullecidos por tantos dones recibidos, como si fueran ya propios, en vez de servir a Dios, se rebelaron contra Él, queriendo ser igual a Dios, y entonces Luzbel, el caudillo de todos los espíritus rebeldes lanzó el grito de guerra: *Non serviam:* No lo serviré...

Por esta rebeldía fueron condenados, y estos ángeles malos llegaron a tentar al mismo Dios hecho hombre, o sea, a Jesucristo cuando se hallaba en el monte de la Cuarentena; pero Jesucristo sin titubeo, con superioridad majestuosa e imperiosa pronunció como un fallo: *"Apártate de mí Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás"* (Dt. 6,13; Mt. 4,10).

Hoy también nuestros enemigos: el demonio, el mundo y la carne nos tientan, y a veces sucede

que muchos al ver que los malos triunfan o por causas que no comprenden, no faltan quienes a semejanza de aquellos de quien nos habla el profeta Malaquías, se diga: *¿para que servir a Dios?* (3,14). Ellos, al ver que muchos hombres impíos no guardaban los mandatos de Dios y les salían bien las cosas y no los veían sufrir, se decían: *¿qué aprovecha guardar los mandamientos de Dios, a la vista de la prosperidad de los malos y ver que quedan impunes?* Y esto les movía a no servir a Dios, ni pensar en Él; mas el Señor los remite al día del juicio, y les dice: *"Entonces mudaréis de parecer, echaréis de ver la diferencia que hay entre el justo y el malvado, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve"* (Mal. 3, 14 y 18).

Ahora, pues, conviene que reflexionemos y no perdamos la fe en Dios, porque ya nos advierte el apóstol San Pedro que estemos sobre aviso porque seremos tentados: *"Sed sobrios, vigilad, que vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente anda rondando buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe"* (1Ped. 5,8).

¿Quién es Dios para que le sirvamos?

Los que blasfeman y reniegan de Dios, lo hacen, ciertamente, porque no le conocen, y porque

no lo conocen, no le aman ni están dispuestos a servirle. Interesa mucho ponernos en contacto con el libro de la revelación divina, o sea, con la santa Biblia, la cual contiene y es la palabra de Dios, y por lo mismo en ella Dios nos habla y se nos revela.

¿Qué es lo que Él nos dice? Cuando se apareció a Moisés en la zarza que ardía sin consumirse, Él mismo dijo: *"YO SOY el que soy"* (Ex. 3,14) , Él es el ser por esencia Ser supremo, del que depende la creación entera y del que dependemos todos nosotros. Dios también nos dice: *"Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, el que es, que era, y el que ha de venir, el Omnipotente* " (Apoc. 1,8), y por el profeta Isaías: *"Yo soy el Señor que ha hecho todas las cosas"* (Is. 44, 24). *"Yo soy Yahvé, fuera de mí no hay otro Dios. Yo soy el que creó los cielos, el Dios que formó la tierra"* (Is. 45, 5 y 18). Y por medio del salmista: *"Grande es el Señor y digno de ser infinitamente alabado, su grandeza no tiene límites"* (Sal. 115,3).

El Dios que hizo el mundo..., siendo Señor del cielo y de la tierra, no por manos humanas es servido como si necesitase de algo, siendo Él mismo quien da la vida a todos (Hech. 17, 24-25). Todo fue creado por Él y para Él, para que todas las cosas le glorifiquen. Él es antes que todo y todo subsiste en Él (Col. 1,16-17).

Glorificar a Dios es conocerle, amarle y servirle. "La gloria de Dioses gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, no se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tu alabándole, te haces mejor, y vituperándole, te haces peor. Él sigue siendo el mismo" (S. Agustín).

Dios no necesita ser glorificado, y si lo desea, es para nuestro bien, pues él es eternamente feliz.

¿Por qué hemos de servir a Dios?

Debemos de servir a Dios porque Él es nuestro creador, nuestro Padre..., nuestro Redentor..., nuestra Providencia, nuestro Bienhechor de cada instante... Primeramente diremos: Dios es nuestro Creador.

La Biblia empieza diciéndonos: *"Al principio creó Dios los cielos y la tierra"* (Gen. 1, 1). Dios, pues, es el creador de este mundo y de cuanto en él existe. Lo sacó de la nada por sola su voluntad: *"El lo dijo y se hizo, mandó y las cosas fueron hechas"* (Sal. 148, 5). Y como Dios "no necesita nada fuera se sí, porque es infinitamente rico y feliz, creó este mundo no para adquirir o aumentar su felicidad, sino para manifestar y comunicar su infinita bondad" (conc. Vat. I), esto es, para hacernos a nosotros felices.

Dios no obra en provecho suyo, sino únicamente por su bondad, y por eso, porque es bueno, nosotros existimos. Dios, después de haber creado el universo con los astros, plantas y animales, creó al hombre" *a su imagen y semejanza"* (Gén. 1,26-27). El primer hombre y la primera mujer que Dios creó, se llamaron *Adan Y Eva* : ellos fueron los primeros padres del género humano (Hech. 17, 26).

La construcción colosal del firmamento: las masas puestas en movimiento, las órbitas de los astros, el número de las estrellas, las leyes del movimiento... se hicieron por la palabra creadora de Dios. "Tenemos un Dios grande, dice San Agustín, Su grandeza es sin fin, sin fin ha de ser su alabanza".

El filósofo Balmes dice: "¿Existe Dios? ¿Existe algún Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la faz de la tierra, mira lo que tú mismo eres, y viendo en todas partes grandeza y orden di si te atreves: El acaso es quien ha hecho el mundo; el acaso me ha hecho a mí; el edificio es admirable, pero no hay arquitecto..." ¿Es posible afirmar que las cosas se hacen por sí solas sin hacedor alguno? No hay duda que el Hacedor de este mundo es un ser Omnipotente, y éste no es otro que Dios, a quien todos debemos adorar y servir.

Dios es nuestro Padre

Dios, dice Santo Tomás, es nuestro padre por estos tres títulos: por razón de la creación, por razón del gobierno y por razón de la adopción.

1) *Por razón de la creación* es Padre nuestro, y notemos que no nos ha creado como otros seres, inanimados, vegetales, animales. Nos creó "a su imagen y semejanza" favor inefable que no comunicó a otras criaturas inferiores.

2) *Por razón del gobierno* que ejerce sobre nosotros. No nos gobierna como creador, sino como señores e hijos, lo que indica esto una singular providencia de amor por parte de Dios.

3) *Por razón de adopción.* Aquí ya entramos en el orden sobrenatural. Ha querido comunicarnos su propia vida, nos ha hecho sus hijos adoptivos, nos ha dado su herencia. *"No habéis recibido el espíritu de esclavitud en el temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en el que clamamos" Abba, Padre"* (Rom. 8, 15).

Dios ciertamente nos creó paternalmente y nos elevó paternalmente a la dignidad de hijos de Dios y nos conduce paternalmente hacia sus fines, ¿qué significa que Dios es nuestro Padre? Lo que es el padre para sus hijos, lo es para nosotros en un sentido incomparablemente más elevado, el "Padre

que está en los cielos" nos protege, nos sustenta y es nuestro modelo... y nos da la vida sobrenatural.

Es horroroso recordar como pensaban los paganos respecto de Dios, al que consideraban como tirano espantoso, cruel ante el que debía temblar el mundo horrorizado, y a veces se lo figuraban como fuego y sol, como relámpago y trueno, como tirano viejo, con cuerpo deforme, como animal, como un toro o vaca... lo único que se le ocurrió (y lo que nunca pudo ocurrírsele a hombre alguno), fue llamarle Padre bondadoso; mas con la llegada de Jesucristo a este mundo, se cambió del todo nuestro concepto de Dios: Dios no es solamente nuestro Señor, sino también nuestro Padre. Así nos lo enseñó repetidas veces Jesucristo.

¡Cuántas veces compara a Dios en sus parábolas con el padre de familia! Dice en una ocasión: *"Uno solo es vuestro Padre, el cual está en el cielo"* (Mt. 23, 9). En otra ocasión alienta a sus discípulos de esta manera: *"Bien sabe vuestro padre lo que necesitáis"* (Mt. 6,8). Y antes de la Pasión –poniendo como el broche a todas sus enseñanzas– anima de esta manera a sus apóstoles: *"El mismo Padre os ama"* (Jn. 16, 27).

No debe extrañarnos que San Pablo exclamase de esta manera al pensar en ello: *"No habéis reci-*

bido ahora el espíritu de servidumbre para obrar todavía –solamente– por temor –como esclavos–, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos en virtud del cual clamamos –con toda confianza– Abba ¡oh Padre!" (Rom. 8, 15). Y San Juan conmovido, dijo: *"Mirad qué amor ha tenido el Padre hacia nosotros, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto"* (1Jn. 3,1).

Se nos refiere que un día entró una novicia en la celda de Teresa del Niño Jesús y se detuvo sin querer al ver la expresión del rostro de la santa. Ésta estaba cosiendo, pero al mismo tiempo parecía abismada en altísima contemplación. "¿En que piensas?" le preguntó la novicia. "Medito el Padrenuestro". ¡Cuán dulce es poder llamar a Dios "Padre nuestro". Y los ojos de Teresita se le llenaron de lágrimas de emoción.

Dios Padre en el Antiguo Testamento

Hay muchos textos en el Antiguo Testamento que hablan de Dios Padre; mas esta paternidad afecta en su conjunto a Dios, o sea, a la naturaleza divina en cuanto tal, no a una sola persona.

La revelación del misterio de la Trinidad, como el de la persona del Padre, está reservada al Hijo en el Nuevo Testamento, pues Jesucristo es el que nos lo ha revelado como veremos. Veamos

ahora los textos de Dios Padre en el antiguo Testamento:

• El profeta Isaías nos dice: *"Tú, oh Dios, eres nuestro Padre...* (63, 15)*"Y con todo, oh Yahvé, tu eres nuestro Padre"*. (Is. 64, 7).

• Y antes en el Deuteronomio: *"Vosotros sois hijos de Yahvé, vuestro Dios* (14, 1). *Indignamente se portaron con Él sus hijos, generación malvada y perversa. ¿Así pagas a Yahvé, pueblo loco y necio? ¿No es el Padre que te creó, el que por sí mismo te hizo y te formó?* (Dt. 32, 5-6).

• También por el profeta Malaquías dice: *"Si soy Padre, ¿dónde está mi honra?"* (6,9).

• En el libro de la Sabiduría: *"Pero tu providencia, Padre, la gobierna, porque tú preparaste un camino en el mar...* (14, 3).

• Y en el Eclesiástico: *"Señor, Padre y Dios de mi vida, no me abandones a sus sugestiones* (del enemigo) (23,4).

Conviene notar que algún texto como en el salmo 2, aparece, de alguna manera, la persona del Padre como distinta del Hijo: *"Tú eres mi Hijo; te he engendrado hoy ";* mas donde aparece ya con claridad la segunda Persona de la Santísima Trinidad como distinta del Padre, es en el Nuevo Testamento.

Dios Padre en el Nuevo Testamento

Los textos alusivos a la persona del Padre como distinta del Hijo y del Espíritu Santo los tenemos en el Nuevo Testamento, y con claridad y distinción se nos revela el misterio trinitario.

Jesucristo alude continuamente a su Padre a todo lo largo del Evangelio y también aluden a Él en sus epístolas... Veamos algunos ejemplos:

• *"Padre nuestro, que estás en el cielo..."* (Mt. 6, 9). Jesucristo, pues, nos revela y descubre a Dios como Padre al decir que rezáramos así...

• *"Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados"* (Mt. 6,15).

• *"Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos. Sed, pues, perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial* (Mt. 45 y 48).

"Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo (Mt. 11, 27). *"Yo y el Padre somos una sola cosa* (Is. 64, 7).

• *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí"* (Jn. 14,11).

• *"Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor* (Jn 15, 9). *"Subo a*

mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20,27).

• *"Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos"* (1Jn. 3,1).

Podríamos añadir a estos textos otros muchos más, y todos ellos nos hablan del gran relieve con que aparece en el N.T. la primera Persona de la Santísima Trinidad.

De hecho Dios es nuestro Padre porque nos ha dado la vida divina por medio de su Hijo, y además nos da la vida natural, pues Él es el que *"da la vida a todos, el aliento y todas las cosas"* (Hech 17,25).

No hay más que un solo Dios

Para que tengamos ideas claras profundicemos en este misterio. La revelación nos dice claramente: *"No hay más que un solo Dios"* (Dt. 6,4; 1Cor. 8,4). El mismo Dios por el profeta Isaías dice: *"Yo Yahvé, el único"* (45,21); mas este Dios único es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es lo que llamamos la Santísima Trinidad, es decir, en Dios hay tres personas distintas, pero no son tres Dioses, sino un solo Dios, porque los tres tienen una sola esencia o naturaleza divina, y conviene notar que como las tres tie-

nen la misma esencia o perfección no se distinguen entre sí por esta esencia, sino por su *orden o procedencia*. En ella acontece algo semejante a lo que vemos en un árbol: vg. de la raíz de éste nace el *tronco*, y de ambos sale el *fruto* (*tronco, raíz y fruto* se distinguen, aunque forman un solo árbol).

El Hijo procede eternamente del Padre y el Espíritu Santo eternamente del Padre y del Hijo, es decir, este proceder no es temporal sino eterno; pues si en el tiempo se añadiera algo a Dios, dejaría de ser "inmutable" y no sería Dios.

Las tres Personas divinas son iguales

Son iguales en perfección y no hay inferioridad de una persona respecto a otra, porque es una misma la naturaleza que tienen las tres y las tres son eternas, porque en la procedencia de una Persona de otra, se excluye la sucesión del tiempo, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre y existe desde que existe el Padre. El ejemplo siguiente nos da una idea: "El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor". Ahora bien, en la Biblia se nos dice que el Hijo es como el brillo de la luz eterna (Sab. 7, 26), el esplendor de la gloria del Padre y la imagen

de su substancia (Heb. 1,3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

Igualmente el Espíritu Santo, procede del Padre y del Hijo, no es posterior a ellos, sino también es eterno, pudiendo decir con Tertuliano: "El Espíritu Santo es de Dios, como la luz se enciende de la luz".

¿Qué podemos decir de Jesucristo?

1) *Jesucristo es Dios y hombre a la vez.* Es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo. Él tiene dos nacimientos: *uno eterno* porque Él viene del Padre desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa: "Nacido del Padre antes de todos los siglos", y nace del Padre a semejanza como el pensamiento y la palabra nacen del Espíritu del hombre; por eso el Hijo de Dios se llama también Verbo o Palabra del Padre. Y otro nacimiento *temporal*, porque nace en el tiempo de la Virgen María, y por medio de ella viene al mundo y aparece como hombre en medio de los hombres, y recorriendo Palestina, el Israel de hoy, demostró con muchos milagros y profecías que Él era el Dios, y es una persona histórica que nace en Belén de Judá y vivió en tiempos del rey Herodes, siendo

gobernador romano Poncio Pilatos (Mt. 2,1; Jn. 19,1).

2) *Jesucristo es el Hijo de Dios.* Decir "Hijo de Dios" es equivalente a decir que Él es Dios, porque participa de la naturaleza divina del Padre como el hijo de un hombre es hombre. Ante Caifás que le preguntó si era "hijo de Dios", contestó: *"Tú lo has dicho, Yo soy"*, y porque según los judíos esta expresión equivalía a decir: "Yo soy Dios", dijeron a Pilato: *"Nosotros tenemos una ley y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios"* (Jn. 19, 7). Y lo prueban los textos en los que Jesús llama a Dios su Padre: *"El Padre está en mí y yo en el Padre"* (Jn. 10,38). *"El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre"*...

3) *Jesucristo es reflejo del Padre.* Fijémonos en esta expresión de Jesucristo: *"Quién me ve a mí, ve al Padre"* (Jn. 14,9). *"Yo y el Padre somos uno: una misma cosa"* (Jn. 10,30). Y porque decía que era Dios como el Padre los judíos quisieron apedrearlo.

Algunos replican: También la Escritura dice: *"El Padre es mayor que yo"* (Jn. 14,28); mas esto lo dijo con razón de su naturaleza humana o como hombre y así decimos en el Credo del Pueblo de Dios: "Igual al Padre según la divinidad, y menor

que el Padre según la humanidad". Notemos que Jesucristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, representante de los hombres, es Mediador ante el Padre.

Jesucristo demostró que era Dios con sus palabras y con sus muchos milagros, y especialmente con el de la Resurrección porque lo confirmó con estas palabras: *"Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo"* (Mt. 11, 27). Si el conocimiento que tiene el Hijo del Padre es igual al que el Padre tiene del Hijo, forzosamente tenemos que concluir que en ambos hay igualdad de sabiduría y también igualmente de naturaleza.

Para conocer bien a Jesucristo debiéramos leer al menos un capítulo diario de los Evangelios, que nos serviría de lectura espiritual y meditación.

Que no se nos tenga que decir: "¡Son cristianos y no conocen a Cristo!".

(Véase mi libro: "*¿Quién es Jesucristo?*).

La grandeza y la bondad de nuestro Padre Dios

Dios Padre es el "principio sin principio". Como dice el Catecismo Romano: "Cuando decimos que el Padre es la primera Persona, no se ha de entender esto de tal suerte, que pensemos haber en

la Trinidad cosa alguna primera o posterior, mayor o menor..., sino que en tanto afirmamos verdadera e indudablemente, que el Padre es la primera Persona en cuanto que es "principio sin principio".

Hablando del Eterno Padre un autor contemporáneo de la grandeza y de la bondad del Padre, he aquí lo que nos dice:

• *La grandeza del Padre.* "Él es el principio". ¿Qué significa esto? Coge una sonda y échala al mar; quizá necesite mucho tiempo para llegar al fondo, pero por fin lo logras. Pero prueba de sondar este primer "principio sin principio", nunca tocas el fondo..., el mar de la vida en este seno primitivo de la divinidad no tiene fondo. Y de esta fuente insondable de la divinidad procede el Hijo desde la eternidad, irrumpe desde la eternidad el vehemente soplo del Espíritu Santo sin agotar jamás este mar.

El Padre es fuente primera de la vida, fundamento del ser, luz primera de la divinidad, prototipo de toda la paternidad en el cielo y en la tierra (Ef. 3,15). ¡Respeto, adoración, entrega amorosa a este ser de todos los seres, al Padre Eterno! ¡Con qué respeto pensaba Jesús en su Padre y con qué respeto hablaba de Él! Conocía como nadie la grandeza de este Uno, que habita allá en una luz inaccesible; y veía como ninguno de qué manera todos los ríos

de luz y amor salen de este único Sol primitivo, Dios Padre".

• ***La bondad del Padre.*** Es la fuente primera, no solamente de la divinidad eterna, sino de toda vida y de todo amor en el cielo y en la tierra; la fuente primera de toda existencia y de toda hermosura, de todos los seres de todos los mundos. Por Él fueron creadas todas las cosas, que son una gotita del océano inmenso de su fuerza y bondad paternales. Todo tiende a volver a Él (1Cor. 15, 24), a volver al mar de su amor. Y lo que los otros seres, inferiores al hombre, sólo logran de una manera imperfecta, lo que siempre anhelan sin alcanzarlo nunca..., el hombre, el Hijo de Dios, creado según la imagen del Hijo eterno, lo logrará un día: penetrar en el oculto reino de la luz de este Padre, avanzar hasta el Sol primero, en torno del cual gira todo" (Koch-Sancho. DOCETE).

Tenemos que amar y servir a Dios

En la Sagrada Escritura hallamos una constante invitación al amor de Dios a causa de su soberana grandeza y de los beneficios que ha derramado sobre nosotros.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo

Testamento se nos habla de una manera clara y explícita de la existencia del mandamiento del amor a Dios. He aquí los textos más importantes:

• *"Nuestro Dios es sólo Yahvé. Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu poder* (Dt. 6,5).

• *"Ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que de ti exige Yahvé, tu Dios, sino que temas a Yahvé, tu Dios, siguiendo por todos sus caminos, amándole y sirviendo con todo tu corazón, con toda tu alma, y guardando los mandamientos de Yahvé y sus leyes, que hoy te prescribo yo, para que seas feliz"* (Dt. 10, 12-13).

• *"Le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? Él le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento" (Mt. 22, 35-38).*

El motivo más importante y fundamental del amor, incomparablemente superior a todos los demás, es su propia e infinita bondad. Dios es el sumo Bien, el que ha derramado grandes beneficios sobre todas sus criaturas.

Cuando el joven del Evangelio llamó a

Jesucristo *Maestro bueno,* Él le respondió: "*¿por que me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios*" (Lc. 18,19).

Es evidente que Jesucristo se refiere a la bondad por *esencia*, que es propia y exclusiva de Dios. Con lo cual quiso decirle al joven que Él no sólo era Maestro bueno, sino el mismo Dios, bondad por esencia.

El primer motivo de nuestro amor hacia Dios

La bondad infinita de Dios, que es el primer motivo de nuestro amor hacia Él, es la que ha movido a los santos y maestros de la vida espiritual a hacer hermosos comentarios ascético-místicos. Uno de estos, Fray Luis de Granada comenta cómo la bondad de Dios resplandece en la felicidad que comunica a los seres inferiores y más viles criaturas del mundo, y cuán grande es su bondad con las naciones infieles, con los necesitados y con los justos y los pecadores. Fijémonos especialmente en la bondad misericordiosa de Dios con éstos. He aquí un comentario:

Sobre todo esto aún nos declara más, Señor, la grandeza de esta bondad, la misericordia que usáis con los pecadores, cómo los sufrís con tanta

mansedumbre, cómo los aguardáis con tanta paciencia; siendo Vos ofendido, los llamáis al perdón, y, siendo injuriado, los llamáis a la paz y les ofrecéis la satisfacción, y aun la ponéis de vuestra casa. ¡Cuán presto os dejáis hallar, cuán presto sois en oír; cuán piadoso en los recibir y cuán largo en el perdonar!

Espántame, Señor, aquella misericordia de que usasteis con Manasés, rey de Judá (2Cr. 33,12), a quien, después de tantas idolatrías y derramamientos de sangre y de tantas y tantas horribles maldades, cuando os pidió perdón de sus culpas, no solamente se lo concedisteis, más también lo librasteis del cautiverio, y le restituisteis en su reino, y no negasteis la salud a aquel por cuya maldad tantas almas se perdieron y por cuyos pecados aquella noble Jerusalén, con vuestro sagrado templo, fue asolada y destruida.

Es tan grande esta bondad y misericordia, que, como dice uno de vuestros santos, a ninguno desecháis, a ninguno despreciáis, a ninguno aborrecéis, sino sólo a aquel que por su locura os aborrece. Y por esto, no luego cuando estáis airado castigáis, sino aguardáis y hacéis mercedes a los que os provocaron la ira si se convierten a Vos. Dios mío y salud mía, yo miserable, yo soy el que os enojé e hice mal delante de Vos, yo provoqué vuestra ira, y merezco

vuestra saña. Pequé y me sufrís con paciencia, os ofendí, y me aguardáis a penitencia.

Si me arrepiento, me perdonáis; si vuelvo a Vos me recibís, y si dilato la vuelta, me esperáis hasta que vuelva. Encamináis al errado, convidáis al rebelde, esperáis al perezoso y le abrazáis cuando viene. Enseñáis al ignorante, consoláis al triste, le levantáis de su caída, le sustentáis después de levantado, os dais al que os pide, os dejáis hallar de quien os busca, abrís la puerta al que os llama".

"Y si tanto, Señor, nos declara vuestra bondad el tratamiento que hacéis a los pecadores, ¿cuánto más el que hacéis a los justos, a quienes habéis recibido ya por hijos, y por amigos, y por herederos de vuestro reino, y en los cuales señaladamente resplandece la imagen de vuestra bondad?

Este, Señor, es uno de los argumentos que más claramente descubre la grandeza de vuestra bondad. Porque, como sea propio del bueno amar a los buenos y aborrecer a los malos en cuanto males, necesariamente se sigue que cuanto uno fuere más bueno, tanto mayor amor tendrá a los buenos y mayor aborrecimiento a los malos en cuanto tales.

Pues como Vos, Señor, seáis, no accidentalmente, como nosotros, sino esencial e infinitamente bueno y la misma bondad, ¿qué se puede de aquí

inferir sino que tendréis infinito amor al bueno y a su bondad, e infinito aborrecimiento al mal y a su maldad…".

Dios nos manda que le amemos y sirvamos

"Amarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás". "¿Qué es lo que de ti exige Yahvé, tu Dios, sino que le temas, siguiendo por todos sus caminos, amándole y sirviéndole con todo tu corazón y con toda tu alma…? (Dt. 10, 12-13).

El célebre Padre franciscano Fray Diego de Estella comentando este mandamiento del Señor, dice:

"Me mandas, Señor que te ame, y con recio mandamiento y me amenazas con grandes penas si no te amo. Me confundes, Señor, con este mandamiento. ¿Cómo, Señor, tan ingrato soy yo, siendo obra de tus manos y habiendo recibido de ti todo mi ser, y siendo el amor el principio y origen de donde manan todos los bienes, y habiéndome redimido con tu preciosa sangre, y me dices ahora que te ame? ¿Acaso es menester que me mandes que te ame? ¿Qué necesidad tengo yo de tal mandamiento? Si, como dice un sabio, el que halló beneficios halló cadenas para prender los corazones, ¿qué corazón había de haber tan duro que, considerando tantos y tan grandes beneficios, no se encienda en su

amor? ¿Cómo es posible que sea yo tan ingrato que no te ame, teniendo tanta multitud de razones que me obligan? ¿Quién es el hombre a quien así os manifestáis, o el hijo del hombre de quien hacéis tanto caso? ¿Qué se os da a vos Señor, de ser amado del hombre?

Tenéis ángeles en el cielo, y, como dice el profeta Daniel, millares y millares os sirven y millones de ellos están en vuestra presencia ¿y hacéis caso de un vil gusanillo de la tierra? Tenéis serafines sin cuento que, encendidos en vuestro amor, están hechos llamas amándoos perpetuamente, sin nunca cesar, ¿y hacéis caso de una criatura tan baja como es el hombre, mandándole estrechamente que os ame, prometiéndole por ello la vida eterna y amenazándole con la pena perpetua del infierno si no lo hiciere?

Pudiera, Señor, mandar al hombre otra cosa de más dificultad, como era que te sacrificara sus hijos, o que edificara templos, o que anduviera peregrinaciones; y todo esto no lo estima y sólo lo que tienes en mucho es que te ame.

El fin del precepto es la caridad, dice el apóstol (1 Tim. 1, 5). El cumplimiento de toda ley y lo que pides al hombre es que te ame. Plugiere a Ti, mi Dios, que conociésemos los hombres con cuánta

piedad pides que te amemos. Porque me amas y muy de veras, por eso me pides que te ame.

¡Oh jocundo, oh leve, oh suave y deleitable precepto! Gracias te doy, Señor mío, y muy muchas gracias, por tan benévolo, tan deseable y tan grato mandamiento como me has dado. Pusiste, mi Dios, las espuelas al que de gana corría. Y ¿qué cosa más grata ni deleitosa puede ser a mí que amarte? Y, ¿quién puede no amarte? Si me mandases que no te amase, eso sería a mí penoso, imposible e intolerable, y en alguna manera me sería más tolerable el infierno que dejarte de amar. Cuando algunas veces pienso, o hablo, o me dicen de las penas del infierno, lo que más me espanta y atemoriza es que los que están atormentados en aquel malaventurado lugar te aborrecen, maldicen y detestan. ¡Oh misérrimas e infelicísimas criaturas! ¡oh desventuradas almas y dignas de ser lamentadas, pues tal pago dais a vuestro Hacedor y a vuestro Dios por los bienes que os hizo! Nunca, Señor, tú permitas que yo deje de amarte ni que cese jamás mi voluntad de arder en llamas de tu divino amor (*Místicos franciscanos españoles.* BAC).

El amor inmenso que Dios nos tiene es el que debe movernos a amarle y servirle sin cesar,

pues para esto nos ha creado Él, para que amemos y le sirvamos en esta vida y después podamos gozarle en el cielo.

Sirvamos a Dios con diligencia

Reconociendo el grande amor que Dios nos tiene, nuestro deber no debe ser otro que corresponder a tan grande amor con gran diligencia y sin tardanza. Con gran cuidado hay mucho que servir al mundo y a sus señores, y ¿quiénes son los que sirven a Dios con tanto cuidado y esmero? "Por un pequeño beneficio van los hombres muy largo camino, y por la vida eterna con dificultad alzan un pie del suelo" (P. Granada).

Tengamos presente aquel consejo del sabio que dice: *"Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación. Ten recto corazón y muéstrate firme, y no te dejes arrastrar al tiempo de la adversidad. Adhiérete a Él y no te separes, para que tengas buen éxito en tus postrimerías... El oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la humillación"* (Eclo. 2, 1-5).

Recordemos la escena de la que nos habla en el Evangelio, de la entrega que hace el Señor de unos talentos a sus criados (Mt. 25, 14ss). Este Señor, antes de irse a lejanas tierras, entrega sus bienes a los criados

dando a uno cinco talentos, al otro dos y al tercero uno. En este Señor podemos ver a Jesucristo que sube a su Padre para no volver sino en el día del juicio. Él da a todos sus dones y gracias para que hagan buenas obras con ellas.

Aunque sea difícil comparar los valores antiguos con la moneda actual, lo cierto es que un talento bastaba a la sazón para emprender negocios. Así también el Señor da dones y gracias suficientes, para que bien administrados, se alcance con ellos la salvación.

Los dos primeros siervos, celosos y diligentes, negociaron con los talentos entregados y cada uno logró doble ganacia; el tercero, comodón, perezoso, "hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor" (antiguamente sobre todo en Oriente, era costumbre corriente el esconder en la tierra el tesoro). Vuelve el señor y pide cuentas a sus criados. Llega el turno del tercero, y éste, en vez de entregarle el fruto de su trabajo, le brinda un discurso necio; sospecha de su amo –que es de recia condición–, considerándolo ávido de ganancias ilegales, y se excusa con el sentimiento de temor. No se acusa de indolencia, de pereza, no, al contrario, la encubre, finge dificultades y peligros terribles, y teme donde no hay que temer, como ahora lo hacen

muchos. "Ahora, como dice un comentarista, unos entierran el talento de la oración y de la contemplación, y la dejan por temor de que serán engañados. Otros esconden el talento de predicar y de tratar almas, temiendo que perderán la suya. Otros peores dejan de guardar la divina Ley, fingiendo que es áspera, y no tienen fuerza para ello, notando a Dios de duro para con ellos, porque quiere coger el fruto que no siembra, y sin darles fuerzas quiere que frutifiquen las buenas obras" (La Puente).

El siervo restituyó el talento que le fue entregado, y ¿cuál fue su culpa? Fue la pereza, y con todo nuestro Señor nos dice que este siervo perezoso será arrojado en las tinieblas de afuera, en el infierno... Debemos, pues, servir a nuestro Señor sin pereza, con prontitud, sin ser forzados. Contra pereza diligencia... "La vida es una casa de banca, donde he de hacer producir el capital que Dios ha puesto en nuestras manos... Pasar el tiempo inútilmente, sin obrar el bien, sin adquirir méritos para la vida eterna es imitar al siervo perezoso que enterró el dinero" (Viñayo).

Debemos combatir la pereza

La pereza es un decaimiento de ánimo en el bien obrar; es como un apetito desordenado de

reposo. El agua que se estanca, no corre, se corrompe... La ociosidad es madre de todos los vicios... La pereza espiritual, dice santo Tomás, puede llegar a ser pecado mortal cuando nos mueve a descuidar obligaciones graves.

El perezoso es un ser inútil. ¿Para qué sirve la vida? Es la higuera estéril del Evangelio, que inútilmente ocupa la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas... *"Ve, oh perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiendo, reúne su comida al tiempo de la mies... ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuándo perezoso, dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?* (Prov. 6, 6-11).

La ociosidad enseña muchas maldades (Prov. 33, 29). El perezoso se hace indigno de la existencia, y como el árbol sin fruto hay que decir: "*¿Para qué ocupar terreno en balde?»...*

Hay tres modos de no hacer nada: 1º Estar ocioso. 2º No hacer lo que debiera hacerse o hacer lo que no debiera hacerse. 3º Hacer mal lo que se hace.

La pereza trae la ignorancia... ahuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes (San Juan Crisóstomo).

El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad será el día del descanso y premio eterno. "Ocupaos siempre en algo para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos " (San Jerónimo).

La historia del perezoso se refleja en estas palabras: "quiere y no quiere". Los que se limitan a decir: "querrían" son los que en realidad no quieren, porque no ponen los medios para serlo. ¡Cuántos santos en frutos, pero pecadores en realidad! *El hombre recogerá lo que haya sembrado"* (Gál. 6,7). Tenemos que combatir la pereza y hacer lo que tenemos que hacer con toda diligencia.

San Ignacio de Loyola, siendo General de la Orden en Roma, oyó muchas quejas acerca de un hermano lego que hacía con muchas diligencias los trabajos que se le encargaban. Un día observó al Hermano al barrer éste, y le preguntó: "Hermano, ¿para qué trabajáis? El interrogado que conocía bien el lema del Santo y creyó granjearse de esta manera sus simpatías, dio con prontitud esta respuesta: "Para mayor gloria de Dios". El Santo le contestó enérgicamente: ¿cómo? si decís que trabajáis por cualquier hombre, pase. ¿Pero queréis trabajar por Dios, para su mayor gloria? ¿Y trabajáis de esta manera? El Hermano aprendió la lección para toda la vida.

Es necesario hacer bien las cosas. "Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios, es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto"!

Nadie puede servir a dos señores

Esto es lo que nos dice Jesucristo en el Evangelio, y es porque el servicio de Dios y de las riquezas suele ser opuesto. Si echamos una mirada por el mundo, por todas las clases de la sociedad, veremos cómo está todo invadido por una pasión del dinero, la codicia de las riquezas.

La razón de esta pasión universal es porque las riquezas son el medio poderoso para conseguirlo todo (a excepción de la virtud y del talento). Con el dinero se puede gozar de placeres, comodidades, honores, escalar altos puestos... Puede decirse que el dinero es como un señor que todo lo domina y a quien todos se rinden, y así lo compara el Evangelio a un señor o tirano que quiere disputar a Dios su señorío sobre todo el mundo, y por eso dice Jesucristo: *"Nadie puede servir a dos señores: a Dios y a las riquezas"* (Mt. 6, 24), es decir, no es posible amar a dos señores de sentimientos opuestos, que tiene fines diametralmente opuestos.

Nada hay de común entre el servicio de Dios y el servicio de las riquezas. Los que metalizan el corazón difícilmente sirven a Dios, porque, como dice San Pablo, son idólatras *"culto a los ídolos"* (Col. 3,5), como si los avaros quisieran adorar las riquezas con el culto debido a Dios Es propio de la pasión del dinero ocupar todo el corazón del hombre y llegar al olvido de Dios, y por tanto hay entre ellos una oposición irreductible. Dios nos pide la fe, la esperanza y el amor que se impone a todos; la humildad, la castidad, el perdón de las injurias y el desprecio de lo terreno, mientras que el amor del mundo y del dinero nos inspira la ambición, los deseos de los placeres, la vanagloria, el orgullo y el menosprecio del prójimo y sus derechos. El uno nos muestra el cielo, el otro nos hace amar la tierra; el uno nos inclina al bien, el otro al mal

Nuestro amor total debe ser para Dios, porque es nuestro Creador y nuestro Padre, y por lo mismo no tenemos que apegar nuestro corazón a las riquezas y a cuanto nos aparta de Él.

En fin nuestro deber y nuestro fin es el señalado por Jesucristo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura"* (Mt. 6,33).

Sirvamos siempre a Dios y obremos bajo su mirada

Sabemos que Dios es nuestro Padre, y si lo llamamos Padre, nosotros somos sus hijos y de hecho lo somos desde el momento que nos autorizó a llamarlo nuestro Padre. Esta es una realidad conmovedora: *"Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos"* (1Jn. 3,1).

¡Inaudita es esta distinción que se nos ha concedido con la filiación divina! La consecuencia que puedo sacar de la hermosa distinción de esta filiación es ésta: Luego si soy hijo de Dios, puedo abandonar tranquilamente mi suerte en sus manos y fiarme de Él. *"Bien sabe vuestro Padre la necesidad que... tenéis"* (Mt. 6,32). Es la voz de aliento que nos dirige Jesús.

En la explicación que hace Monseñor Tihamer Toh, sobre el Padrenuestro dice: Estaba un hombre célebre encerrado en una obscura cárcel. En la puerta de su celda había un pequeño agujero. Se dio orden severa al guardián, que vigilara día y noche al preso a través del agujero. Fue el sufrimiento más atroz del prisionero. Un ojo misterioso le miraba día y noche y no encontraba modo de esquivar su mirada.

Nosotros también pasamos la vida terrena en

una prisión muy semejante..., mas no son los ojos de un guardián de prisiones lo que nos vigila, sino que nos acompaña y nos consuela la mirada maternal de Dios. No se la puede evitar. Podemos bajar en submarinos a las profundidades del mar, podemos levantarnos en avión a la altura de las nubes más altas; el ojo de Dios siempre nos acompañará.

Como leemos en el Eclesiástico (23, 27-28): *"Dios está viendo todas las cosas...; los ojos del Señor son mil veces más luminosos que el sol y ven todos los caminos de los hombres y penetran hasta los lugares más escondidos y los más recónditos senos del corazón humano"* (23, 27-28).

Si lo creemos, ¿sabéis cuál debiera ser el resultado? Una conformidad profunda con la santa voluntad de Dios, aun en medio de contrariedades y sufrimientos de esta vida, porque debemos tener presente que esta vida es un valle de lágrimas, y *"por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos"* (Hech. 14, 21).

Por ser Dios nuestro Padre, no lo dudemos, Él ***nos ama*** y nos demuestra su amor con el regalo de su gracia... y por tanto nos ayuda en cualquier lugar que nos encontremos y estará con nosotros, aunque el cielo esté cubierto de nubarrones.

Se acercará la muerte, mas no debemos

temerla, porque para los verdaderos cristianos la muerte no es más que un paso… de la tierra al cielo. Como leemos en el prefacio de Difuntos: "Mi vida se cambia, mas no se pierde", y llegará el juicio, mas no nos espantará porque en toda la vida hemos procurado ser hijos fieles de nuestro Padre celestial. Por tanto esperamos oír de sus labios estas palabras: *"¡Muy bien, siervo bueno y fiel!… ven a participar del gozo de tu Señor"* (Mt. 25, 23).

¿Qué obligación me impone el ser hijo de Dios

El ser hijo de Dios me impone la obligación de servir a Dios con amor y por amor, y hacerlo con alegría, porque en la Escritura Santa se nos dice: *"Servid al Señor con alegría"* (Sal. 100, 2), y porque *"al dador alegre ama Dios"*, (2Cor. 9,7), y el modo cómo hemos de servirle debe ser con prontitud, con celo, con diligencia y fidelidad.

Santa Teresa del Niño Jesús, al rezar en la Hora de sexta el versículo: *"Inclinavi cor meum ad faciendas justificaciones tuas, propter retributionem"* (así se lee en la Vulgata), decía que siempre lo hacía a regañadientes. Interiormente se apresuro a decir: "Sabéis muy bien, Jesús mío, que no os sirvo para la recompensa, sino únicamente porque os amo y para salvar almas".

Merece también recordar aquí lo que dice del célebre predicador ***Lacordaire.*** Este Padre fue a Besançon para visitar una familia amiga, estando ya en la cumbre de su fama. Visitó al obispo y de rodillas le pidió su bendición: "Mi amado Padre", dijo el cardenal Mathieu, "ruego a Dios que, como premio a su trabajo le conceda la gracia de conocer que es usted un siervo inútil del Señor". Los testigos de esta escena encontraron algo duras la palabras del prelado, pero Lacordaire respondió sencillamente: "Ningún deseo me ha alegrado tan sinceramente como éste".

En el servicio de Dios bien pudiéramos decir todos lo enseñado por Jesucristo, que ante Él "somos siervos inútiles, lo que teníamos que hacer, eso hicimos" (Lc. 17, 10).

Antes que a las criaturas hemos de servir a Dios, o bien servirle a Él en los pobres, en los encarcelados, en los necesitados..., Porque "lo que a estos hacemos se lo hacemos a Él" (Mt. 25, 40). Si servimos a las criaturas proviniendo de Dios "sería escribir en el agua, o a lo más en la arena, sopla el viento y todo se borra; servir a Dios es escribir en bronce; nada se pierde, nada quedará sin recompensa" (Oraá).

¿Qué hemos de hacer para ser dignos hijos de Dios?

Para ser dignos hijos de Dios hemos de vivir como nos dice el apóstol: *Los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*" (Rom. 8,14). Es decir, es hijo de Dios quien sigue las indicaciones del Espíritu Santo, aquel en quien vive la gracia santificante. Si esta gracia vive en mí, me es lícito dirigirme a Dios, llamándole Padre. Si no vive en mí –y no vive porque el pecado la ha matado– ya no puede llamar a Dios con el nombre de Padre. Por esto dice San Pablo: *"Si vivieras según la carne, moriréis"* (Rom. 8, 13), perderéis a Dios, perderéis a vuestro Padre. ¡Terrible cosa es el pecado mortal!

Para vivir siempre en gracia es necesario permanecer siendo fieles en el cumplimiento de los mandamientos de Dios, frecuentar los sacramentos, orar, tener devoción a la Santísima Virgen María... Importa mucho ser fieles en el cumplimiento de nuestro deber, evitar la ociosidad, no perder el tiempo...

Juan Moschus (m. 619) en su libro conocido con el título de "Pratum spirituale" describe la vida de los monjes. Esta obra llegó a ser la lectura favorita de los monjes bizantinos. El autor entre otras cosas refiere: Un monje acudió al abad Alejandro... y le dijo: Padre abad, quiero dejar mi vivienda; por-

que me atormenta mucho la pereza y el tedio del alma. Le respondió el abad Alejandro: Esto hijo es señal de que "no piensas en el reino de los cielos ni el tormento eterno". Porque si considerases estas cosas con interés no sentirías pereza en tu celda.

Tengamos siempre presente que el primero y principal mandamiento es amar a Dios: *"Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas"*. Y ¿quién es el que ama de veras a Dios? El mismo Jesucristo nos dice: *"Quien ha recibido mis mandamientos, y los observa, ése es el que me ama"* (Jn. 14,21). Y *"no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos"* (Mt. 7,21).

La voluntad de Dios se manifiesta en sus mandamientos, y en esto consiste la santidad: en conformar nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

En consecuencia: ¿Quién es el que ama y sirve a Dios? *El que ama lo que Dios ama,* lo que a Él le agrada. Si a ti te gustan las diversiones, los pasatiempos, las tertulias, las conversaciones inmorales, que no son del gusto de Dios…, entonces no amas a Dios. Si alguien te ha ofendido y tú no sabes perdonarle, si afilas tu lengua para herir el honor de

los demás, si no refrenas tus sentidos, si engañas a los otros y les mientes, tus gustos difieren de los gustos de Dios... Tampoco amas a Dios.

Si amas a Dios, empieza a ser apóstol llevándolo a los hombres que encuentras a tu alrededor. Está bien que hagas limosnas, que des vestidos al necesitado, pero ante todo darles a Dios, haz porque otros le conozcan y le amen, quita la pereza para las cosas espirituales. No pierdas el tiempo en hacer el bien. ¡Se vive una sola vez!

Pensamientos de los santos Padres de la Iglesia

Si el apóstol manda tan rigurosamente a los siervos que obedezcan a sus señores, les sirvan y les honren, ¡cuánta mayor obligación no tenemos nosotros de servir al Señor de quien todo lo tenemos (S. Crisóstomo. *Homil. ad pop*).

Dios no tiene necesidad de nada; pero el hombre tiene necesidad de estar en comunión con Dios. Y la gloria del hombre estriba en perseverar y mantenerse en la servidumbre de Dios (S. Ireneo *Adv. Haer.* 4, 14,1).

El servicio de Dios es espontáneo; porque espontáneo es el servicio cuando se hace no por necesidad, sino por amor... No sirvas refunfuñando; porque el refunfuñar no te librará de servir; lo único

que hará, será que tu sirvas como siervo malo (S. Agustín *in Ps*. 99,7).

No conocer a Dios es morir; conocerle es vivir, despreciarle es perecer, servirle es reinar" (S. Agustín, *de caelesti vita*).

Servir a Dios es reinar; llevar a Dios no es un peso, es un adorno y una gloria (*Serm. 7 in Ps.*) El que no busca a Dios y no le sirve, no tiene ninguna virtud. El servicio de Dios no debe tener fin (S. Bernardo. *De Quadruplici deb*).

Os indico un medio con que podéis servir y alabar constantemente a Dios, si queréis: hacer bien todo lo que hagáis (*S. Agustín in Ps, 34*).

ÍNDICE

Presentación 3

El servicio de Dios 5
-¿Servirás al Señor tu Dios 5
-¿Quién es Dios para que le sirvamos? 6
-¿Por qué hemos de servir a Dios? 8
-Dios es nuestro Padre 10
-Dios Padre en el Antiguo Testamento 12
-Dios Padre en el Nuevo Testamento 14
-No hay más que un solo Dios 15
-Las tres Personas divinas son iguales 16
-¿Qué podemos decir de Jesucristo? 17
-La grandeza y la bondad de nuestro Padre Dios ... 19
-Tememos que amar y servir a Dios 21
-El primer motivo de nuestro amor a Dios 23
-Dios nos manda que le amemos y le sirvamos 26
-Sirvamos a Dios con diligencia 29
-Debemos combatir la pereza 31
-Nadie puede servir a dos señores 34
-Sirvamos siempre a Dios y obremos bajo su mirada 36
-¿Qué obligación me impone el ser hijo deDios? 38
-¿Qué hemos de hacer para ser dignos hijos de Dios? 40
-Pensamientos de Santos Padres de la Iglesia 42